

Cambio de estafeta

SILVIA PRATT

Habría que lavar no sólo el piso: la memoria.
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,
asesinar también a los deudos,
que nadie llore, que no haya más testigos.

JAIME SABINES

Desperté con una sensación de angustia en la boca del estómago. Por la luz crepuscular que lamía la cortina, supuse que serían las seis de la tarde. Miré el reloj. A través de las persianas se filtraba un poco de intranquilidad. Percibí el cielo nublado; sentía mi piel acerada y pegajosa a causa de la tierra que se impregnó en mí, el fino y grisáceo polvo de lo inminente permanecía en mi cuerpo aunque lo tallara con fibra. El sacrilego destino se había salido una vez más con la suya. Parecía que todo esto era una absurda filmación, sin embargo, había que aceptar que ahora la realidad era un estilete despedazándose. La ofuscación me envolvía por completo, no quería ni pensar siquiera.

Es cierto, no quiero pensar, pero las escenas se impactan en mi cabeza, una marejada de estampas imprecisas se apodera de mí. Cada una de ellas es como un eslabón que se va soldando sólidamente con las otras. Circunstancias, fatalidad, qué sé yo. Lo único que ahora me embarga es esta maldita sensación de vacío que jamás podré llenar; estos recuerdos que agotan mis fuerzas, esta insaciable oquedad que carcome

cada uno de mis poros, esta pesadumbre inserta en mis entrañas que me provoca desasosiego.

Bárbara y yo habíamos sido amigas desde la preparatoria. Entramos juntas a la Facultad de Filosofía y Letras; teníamos algunas materias en común, ya que su horario era mixto y el mío sólo matutino. Nos reuníamos con frecuencia para intercambiar libros o para realizar alguna investigación. Nuestra vida de estudiantes se desarrollaba normalmente: de vez en cuando, organizábamos paseos o asistíamos a alguna fiesta con los compañeros, pero lo que hacíamos con frecuencia era acudir a la biblioteca para sacar libros imposibles de conseguir o cuyo precio era muy elevado. Como muchos que ingresan a la universidad, nuestra única meta era terminar la carrera y ejercer nuestra profesión. Y quizá lo hubiéramos hecho, de no ser por ese golpe artero de lo ineludible, por el peso de un sino que, en ocasiones, es un fardo que nos encorva las espaldas y nos devasta.

Una fecha sigue tatuada en mi mente: julio 26. A partir de entonces los hechos se desbordan como una avalancha, de la cual jamás podrían visualizarse las consecuencias. Al principio, no entendíamos bien lo que ocurría, aunque nos manteníamos informadas a través de los comentarios de los compañeros, ya que los periódicos jamás revelarían la verdad de lo que estaba acaeciendo. Recuerdo la propaganda circulando de mano en mano, los desplegados en los muros, los anuncios de los diversos mítines y manifestaciones. Fechas, lugares

y el pliego petitorio. No puedo evitar acordarme de los rostros de algunos camaradas cuyo futuro pendía de los acontecimientos. Confusión, marasmo revolucionando mi cabeza, deseos de vomitar.

Voy a la cocina por una taza de café y me doy cuenta de que nadie está en casa. Ignoro a dónde fueron mi padre y mis hermanos. Me acomodo en un sillón de la sala. Mientras bebo pequeños sorbos muy calientes, mis pupilas divagan en un punto cualquiera de la pared y vuelve a revelárase la figura de Bárbara. Tengo escalofríos y, por momentos, se me eriza la piel. Es el mismo sobrecogimiento que algunas veces experimenté en el salón de clases de la facultad cuando una voz insurrecta convocaba a un mitin que tendría lugar en la explanada de Ciudad Universitaria. Lo recuerdo bien. Yo me sentaba siempre junto a la ventana, desde ahí lograba dominarse perfectamente el lugar. Aquel inmenso espacio tomaba una fisonomía distinta según el momento; cuando la gente se iba acercando y la explanada estaba llena, se percibían ruidos contumaces, algo impreciso pululaba en el ambiente, una sensación metálica como las voces que salían del micrófono, un testimonio de inquietud, como una premonición, se perpetraba.

En todas partes no se hablaba de otra cosa. Nuestra cotidianidad estaba teñida de efervescencia política. A pesar de los rumores para desacreditar el movimiento estudiantil, éste adquiría cada vez mayor fuerza. Por supuesto, no era un momento fácil. Recuerdo la chispa de ilusión en la mirada de Bárbara cuando iba a la avenida Insurgentes a repartir propaganda, o el empeño que manifestaba al hacer las pancartas; parecía un artista plástico. Cómo quisiera retomar esos instantes, alertar a Bárbara, sugerirle que... Ahora sus facciones se me hacen presentes a cada instante, ese cándido rostro atrapado por el azar. Quizá intentó zafarse de esa garra amenazante que le estrujaba la garganta, acaso intentó evadir la implacable nube de cólera que la azotaba, tal vez trastabilló ante la iracunda voz que le escupía impre-

caciones en la cara. Quizás sucumbió estoicamente de impotencia: una estatua de hielo ante la vejación. Ansiaba arrancar de mi pensamiento esos espeluznantes abrojos, quería que mis lágrimas diluyeran lo ocurrido y que la Bárbara de siempre me dijera que todo fue un mal sueño. Después de lo que pasó con ella, pienso que podría suceder cualquier cosa. Siento el miedo.

Comprendo en cierto modo la actitud temerosa de mi padre. Estoy, incluso, como indefensa; jamás había experimentado algo así. Mi padre siempre ha sido dominante y autoritario; su actitud me asfixia provocándome un tipo de indefensión, aunque muy distinto al que siento ahora. Ejerce un poder que a él le parece normal, una especie de lazo que oprime, que me ahoga y me impide tomar mis propias decisiones. Me prohibió que me reuniera con mis compañeros de la facultad fuera del horario de clases. Debía regresar de inmediato a la casa y mis actividades estarían muy limitadas mientras no se resol-



Ángel Mauro

viera el conflicto. Me pidió, más bien me ordenó que saliera poco y si lo hacía, debía avisarle a dónde y con quién iba. Por lo general, yo lo obedecía para no provocarle un disgusto que agravara su estado de salud, ya que unos meses atrás había sufrido un infarto. Por rutina, leía el periódico todas las mañanas y me daba su punto de vista con respecto a lo que se publicaba. Cuando en la televisión aparecía alguna noticia relacionada con estudiantes, no me quitaba la mirada de encima, como si quisiera leer en mi rostro, o descubrir algún gesto que delatara que yo había asistido a algún mitin o marcha. En una ocasión no se movió de mi lado cuando por la radio escuchamos un mensaje dirigido a los jóvenes, algo así como: “Eviten el peligro”. Quizás mi padre lo intuía, como la mamá de Bárbara.

Recuerdo también que una noche, mientras cenábamos viendo la televisión, se emitió un mensaje que pregonaaba proteger a los jóvenes porque después “nada sería igual”. Ahora sé que nada será lo mismo, sobre todo, después de lo que le sucedió a Bárbara. Ignoraba si la actitud de mi padre había sido represiva, como muchas otras, o si había querido protegerme. Nunca lo sabré. En cuanto a Bárbara, siempre gozó de una libertad envidiable. Cuando se inició el movimiento, ella se mantuvo ajena a todo, pero después Mario, su novio, la invitó a formar parte de una de las brigadas que él dirigía. Bárbara lo quería mucho y, por supuesto, aceptó. Ambos lucharían hombro con hombro por un ideal común. Hubo un cambio radical en ella; empezó a interesarse por todo y a involucrar cada vez a más gente. Conmigo era muy tolerante. Sabía cómo era la disciplina en mi casa y no quería causarme problemas, así que me mantenía al tanto de los sucesos diarios, pero sin presionarme para que participara en sus actividades. Nuestra amistad se basaba en el respeto y el cariño. Sólo de vez en cuando me invitaba para que fuera con ella a distribuir volantes. Una sola vez le di gusto. No le importaba si se quedaba sin comer o si tenía que dormir unas

cuantas horas. Su madre, aunque la dejaba en libertad, no sabía qué hacer para alejarla un poco de todo aquello, aunque conocía el carácter de Bárbara: sabía que era tenaz y perseverante. Sí, sus decisiones eran férreas.

Nuestra amistad no se vio afectada en ningún momento; nos veíamos a ratos o nos hablábamos por teléfono. En ocasiones, nos reuníamos para tomar café con Mario y otros de nuestros compañeros, y la plática giraba alrededor de los hechos más recientes, de algún estudiante detenido o desaparecido; tal vez un compañero nos contaba cómo había sido su experiencia. Recuerdo las alusiones irónicas a la Olimpiada cultural, que se contraponía con la ruda imagen de la ciudad custodiada por granaderos. Bárbara y yo nos comprendíamos bien; las dos aceptábamos nuestra respectiva conducta aun sin hablar. Mientras ella estaba activa en sus tareas junto con Mario, yo me encargaba de hacerle un expediente con los recortes de periódicos y le grababa noticiarios radiofónicos. Era mi forma de colaborar.

La casa reverbera de silencio. La negrura lo propicia. Puedo escuchar mi respiración, distinguir cada movimiento de la cuchara al mover el café. Quizás son las nueve de la noche. Recuerdo aquel 13 de septiembre, apenas hace dos semanas. La madre de Bárbara insistió en que no asistiera a la Marcha del Silencio, pero desde luego mi amiga no podía faltar. Para tranquilizar un poco a su mamá, Bárbara le prometió que sólo iría una hora y observaría de lejos. Yo sabía que estaría en las primeras filas, al lado de Mario. Ella estaba ansiosa de que llegara esa fecha, quería palpar el mutismo de los manifestantes, vibrar con él. Le dije que la acompañaría un rato. Nos vimos en el Museo de Antropología. Cómo recuerdo nuestra última charla. Me comentó que llegaría hasta la Plaza de la Constitución y yo le desee suerte. Me enseñó el esparadrapo que llevaba, se taparía la boca con él en caso de que no pudiera aguantarse las ganas de gritar. Caminé junto a Bárbara una media hora, luego me aparté del grupo, no sin percatarme de que había algunos

jóvenes, el cabello con casquete corto y una actitud sospechosa, acaso policías confundidos con la multitud.

No supe nada de Bárbara en varios días. Por las noches yo hablaba por teléfono con su mamá y pensábamos que estaría con los miembros de alguna brigada organizando un mitin relámpago. Las dos empezamos a angustiarnos. Preguntaba a los compañeros por ella y me decían que la vieron durante la imponente marcha silenciosa, pero después nadie supo más. Mi preocupación se volvió avasalladora cuando el propio Mario, desesperado, me confirmó que tampoco la encontraba; tuvimos una violenta discusión, yo le reclamé su irresponsabilidad por no haberla protegido. Me enfurecí cuando una compañera se atrevió a insinuar que Bárbara andaría por ahí, con algún noviecito nuevo. Mario empezó a tartamudear, me dijo: “No, no sé que pasó... de pronto Bárbara se agachó a recoger algo que se le cayó de la bolsa del pantalón; la gente me empujó, me distraje, traté de acercarme a ella... no pude, no pude llegar hasta donde estaba... pensé que en un momento más me alcanzaría... no tuve la culpa... no la tuve”.

Al quinto día después de la marcha, el día 18, fui a la facultad y la atmósfera se sentía muy densa. Qué terrible la desaparición de tantos estudiantes, la de mi mejor amiga. Era la incertidumbre, el acecho del abismo, el vacío absoluto. De forma sorpresiva, llegó Mario a mi aula y pensé, estúpidamente, que traía buenas noticias, pero no fue así. Me llamó a solas y me dijo, muy conternado, que les habían dado el “pitazo” de que el ejército tomaría la universidad de un momento a otro. Insistió en que me fuera a casa porque ignoraba cómo se pondrían las cosas. De inmediato avisé a los demás y me fui directamente al estacionamiento junto con dos compañeras que vivían en la misma colonia que yo. Salimos de la universidad y tomamos el Periférico. Nos quedamos paralizadas al ver que del lado opuesto al nuestro,

tanques y camiones del ejército iban rumbo a CU. Esos vehículos pesados eran la imagen viva del autoritarismo, el aire olía a ceniza, a polvo asfixiante. Nuestro temor de que algo terrible le hubiera sucedido a Bárbara se agudizaba por instantes.

Por supuesto, junto con Mario y algunos otros compañeros me dediqué a buscar a Bárbara en los lugares que frecuentaba. Visitamos algunos posibles refugios clandestinos por si acaso se encontraba escondida o lastimada. Fue entonces cuando empezamos a tomar una mayor conciencia de que la situación estaba empeorando. Nunca le había ocultado nada a mi padre, pero no podía decirle la verdad. Inventé que me había inscrito en un curso de inglés para aprovechar el tiempo y mantenerme ocupada en tanto las clases volvieran a la normalidad. Llegaba a la casa exhausta y llena de desesperanza, además tenía que disimular la fatiga y mi estado de ánimo. Cuando no salía, me instalaba literalmente cerca del teléfono. Fueron días de espera y angustia. Ya no podía ser la misma. El ambiente en mi casa tampoco era igual, mi padre estaba inquieto y sólo se concretaba a decirme: “Cuídate mucho, la situación no anda bien”.

En la medida de lo posible, mientras ella volvía, me dispuse a realizar temporalmente algunas de sus labores. Todos conservábamos la esperanza de que apareciera. Recorrimos hospitales y delegaciones; en esos días caminé sin tregua, al grado de no soportar los zapatos porque las ampollas me sangraban. Nada me importaba. El temor crecía, tenía miedo por la ausencia de Bárbara, quería llenar aquel hueco presagiante.

Como lúgubre graznido, el repiquetear del teléfono me sobresaltó ayer a las siete de la mañana. Era Mario. Su voz entrecortada semejaba aquel anónimo sonido metálico del micrófono que estremecía el tímpano. Sólo alcanzó a decirme: “Ya la localizamos, está en el

forense". Y colgó. "Maldita sea", dije con rabia entre dientes y aventé el auricular.

A la una de la tarde llegué al velatorio y abracé de inmediato a la mamá de Bárbara; ahí estaban sus familiares y la mayoría de nuestros compañeros. Un aroma de indignación se impregnaba en la ropa. Las flores blancas se veían en varias partes de la capilla y encima del féretro estaba un ramo de claveles rojos que habían llevado algunos integrantes del comité de lucha. Llorábamos en silencio. Para qué emitir palabra alguna. Comprendí el deseo de Bárbara de escuchar el fragor mudo y reprimido de la multitud aquel día de la marcha silenciosa, fecha en que desapareció. Imaginaba los pasos de la multitud, su respiración fatigada, el sudor tiñendo la ropa. Ahora yo misma, me consternaba ante el grito agonizante en nuestro pecho. Creo que empecé a desvariar, me faltaba el aire, miraba el ambiente de color grisáceo, lo palpaba denso, el aroma amargo carcomía la piel. Los compañeros se turnaban para



Rigel Herrera

hacer guardias junto al ataúd. Era escalofriante ver cómo quedó casi irreconocible el rostro de Bárbara. Toda la noche la velamos. A las diez de la mañana, nos fuimos al cementerio. Luego de ahí, sólo el desaliento.

Agotada por tantas emociones devastadoras, me fui a casa alrededor de las dos de la tarde. Mario me acompañó. Mi padre abrió la puerta porque yo había olvidado las llaves. No me hizo recriminación alguna, incluso su mirada, casi siempre inquisidora, en ese momento se tornó comprensiva. Hablamos unas cuantas palabras, pero nos dio un fuerte abrazo a Mario y a mí. Creo que se fue con mis hermanos para dejarme descansar y, sobre todo, intuyó que deseaba estar sola. El cansancio me venció, así que me dormí hasta hace un rato.

Ahora tomo un sorbo más de café, pero ya está frío. Suena el timbre. Algunos compañeros de la facultad y de la brigada prometieron venir esta noche. Son ellos. ¿Cómo no estar juntos, sentir de algún modo la presencia de Bárbara? Sé que pretenden convencerme de ocupar su lugar, de asumir su liderazgo. Sobre todo, Mario. Su mirada revela la seriedad del momento cuando murmura: "Mañana tenemos una cita, lo sabías, ¿no?, ¿qué dices?" Sé que no podré llenar la oquedad que ella dejó y que su partida será más palpable a cada instante, pero de alguna manera seguir la lucha sería como un incentivo para honrar su nombre, para aminorar la indignación que envuelve su muerte. Creo que me aterra su ausencia; por otra parte, siempre admiré la convicción con que tomaba sus decisiones. Debo aprender de ella y empezar a enfrentar las mías. Apenas puedo articular las palabras, titubeante le contesto: "Tengo miedo... Bárbara está muerta... No sé si podré lograrlo, pero a Bárbara le gustaría verme allí. Sé que estaría feliz si yo tomara su estafeta. No sé, pero creo que iré. Sí. Mañana estaré con ustedes puntual en Tlatelolco, en la Plaza de las Tres Culturas". 🐱